

Una Lucha personal, por Rosana Blejter

Marcha 2000 - Categoría Jóvenes

Acerca de esta historia

Yo soy estudiante de primer año de medicina. Una de las materias que estoy cursando es embriología. Me despierta tanto interés esta materia que quise que la historia que iba a escribir la incluyera juntando de este modo las 2 cosas que más me gustan e interesan: mi carrera y la historia de mi pueblo.

Se acostumbra contar el tiempo de vida de los individuos desde el momento de su nacimiento. La razón es que no es fácil saber con exactitud el momento en el que el bebé fue concebido. Sin embargo, es increíble todo lo que sucede en el vientre materno. Es ahí cuando comienza la vida.

Además hay tantas, pero tantas cosas que pueden salir mal, y pese a las posibilidades basta salir a la calle y mirar a las personas para ver como la naturaleza se las ingenia (la mayoría de las veces) para que todo salga bien. Es terrible pensar como después de tanto ingenio por parte de la naturaleza y tantas maravillas que parecen milagros; alguien pueda, sin el menor remordimiento, extinguir el fruto de tan grandioso proceso como lo es la gestación.

No le puse nombre al bebé porque imagino que pocas madres habrán tenido chance de hacerlo en esa época y quise que esta historia los represente a todos ellos.

Hace algunos años participé en una actividad que se hizo en el templo de Iona con motivo de una festividad. Allí leímos parte del perek dalet de Breshit. Recuerdo que me llamó la atención el análisis que hicimos del pasuk 10 "Y Dijo qué hiciste todas las sangres de tu hermano claman a mí desde la tierra". Preguntamos por qué decía "las sangres" la respuesta a la que llegamos ese día fue que probablemente la razón del uso del plural era que, como Abel había muerto antes del momento que le correspondía porque murió en manos de otro hombre y no por enfermedad o vejez, entonces es como si también toda su descendencia hubiera sido asesinada en ese mismo momento. Sobre esto el talmud babilónico, tratado de Sanhedrin 4.5 dice "La humanidad fue creada a partir de un solo hombre para enseñarnos que destruir a un hombre es destruir todo un mundo y que salvar un hombre es salvar un mundo"

Se calcula que en la Shoa murieron seis millones de judíos aproximadamente, pero ¿cuántos no llegaron a nacer? No podemos hacer ese cálculo, pero sí debemos tener en cuenta que estas personas debieron haber existido.

Para recordarlas y que no se borre ni olvide su corta existencia en este mundo es que

escribí esta historia.

Nuestra historia, la de cada uno de nosotros, empieza antes de nuestro nacimiento e, incluso antes de nuestra existencia, a través de las vidas y los deseos de las generaciones que nos preceden.

Por eso, a fin de contar la historia del personaje por mí elegido, me fue necesario contar paralelamente la historia de sus padres, que no es más que el comienzo de su propia historia...

Una lucha personal

Seudónimo: Shirmel
Autora: Rosana Blejter

Copyright 2000 hecho el depósito que marca la ley.

Ella había esperado este encuentro 21 años. El sólo tuvo que esperar 65 días. Larga había sido la travesía recorrida por él mientras ella crecía y esperaba. Pero al fin sucedió.

Muchos iban a ser los cambios que ocurrieran desde entonces. No sabían que el lugar de encuentro era un lugar peligroso: las trompas uterinas de una mujer judía^[1].

Los alemanes habían invadido Polonia el primero de Septiembre de 1939. La decisión de construir ghettos y separar físicamente a los judíos de las demás poblaciones fue tomada entre noviembre y diciembre de ese año.

No obstante, los ghettos no eran invento de los alemanes. De hecho, el primero existió

en Venecia en el año 1516. Pero a diferencia de los que estaban siendo levantados, los anteriores habían surgido muchas veces de la voluntad de los judíos de aislarse. Ya hacía bastante tiempo que se habían ido incluyendo en algunas áreas de la vida de los distintos países. Ejemplo de esto es que en Polonia existían más de cinco partidos políticos judíos entre sionistas y no sionistas, religiosos y laicos. Pero la política distaba de ser el único ámbito en el cual se insertaron. El desarrollo cultural de la comunidad judía de Polonia era uno de los más vigorosos a escala mundial. Se reflejaba en la numerosa prensa, la diversidad en la enseñanza que incluía desde yesivot hasta instituciones laicas que dictaban sus contenidos en yiddish y en hebreo; organizaciones económicas propias y un teatro judío que llegó a tener un gran nivel artístico.

Sara, una joven judía de 18 años, siempre había sido amante del teatro. Su timidez le había impedido subirse siquiera una vez a un escenario, pero eso no le impedía concurrir, al menos una vez por semana, a ver las obras de la ciudad. Su familia se autodefinía como tradicionalista, por eso **Sara**, cuando no estaba en el teatro, debía permanecer en su casa para aprender los quehaceres domésticos hasta que un hombre pidiera su mano. A una de las funciones **Sara** concurreó llevando una prenda a medio tejer. La función no empezaba y ella, que ya conocía a los actores, se escurrió detrás de los camarines. El organizador de vestuario estaba descompuesto y los trajes necesitaban algunos ajustes. **Sara** tomó sus agujas y comenzó a hacer los arreglos. La función comenzó y transcurrió sin ningún inconveniente. A su término, los actores se acercaron a ella agradecidos por su ayuda y le ofrecieron trabajar como ayudante de vestuario. **Sara** sabía que sus padres jamás la dejarían aceptar tal propuesta, no obstante, esta era una oportunidad única, de modo que aceptó e, inventando distintas historias, logró escabullirse día tras día para concurrir a su primer trabajo.

Así fue hasta que los actores dejaron la ciudad junto a muchos jóvenes, intelectuales, sectores adinerados de la comunidad y gran parte de la elite social, el 8 de septiembre de 1939 cuando llegaron los alemanes. **Sara** decidió quedarse a cuidar a su familia. No tenían dinero suficiente para huir.

Poco después los habitantes judíos de la ciudad fueron trasladados al ghetto.

A pesar de su intervención en la política y en el ámbito cultural, ya se apartaba a los judíos de Polonia en otros aspectos desde antes de la llegada de los alemanes. Los pogroms eran casi una tradición donde cada nueva crisis servía de alimento para el antisemitismo latente. Por otro lado, en Alemania, en 1935 se dictaron las leyes de Nuremberg, las cuales separaban a ambos pueblos: en lo legal, al definir la ciudadanía sobre la base de los orígenes raciales; y en lo afectivo, al prohibir los matrimonios mixtos e, incluso, los encuentros sexuales entre arios y judíos.

Esta fue la Alemania que conquistó Polonia.

Durante el tiempo transcurrido entre la invasión de Polonia y la instalación de los ghettos, fueron decretadas distintas prohibiciones. La comida escaseaba y los arios tenían prioridad por sobre los judíos. Estaba vedado dar empleo a los judíos. Éstos sólo podían circular por determinadas calles autorizadas e, incluso en éstas, sólo podían hacerlo hasta las seis de la tarde. Aquellos que habitaban en pequeñas aldeas se veían obligados a mudarse a las grandes ciudades. La ley los obligaba a llevar en la manga

izquierda una banda blanca con la estrella de David en color amarillo.

Hubo redadas en las que se secuestraban hombres para que realizaran distintos trabajos forzados.

Israel había trabajado siempre en las minas de carbón ubicadas en las afueras de la ciudad. Es por eso que, como la mayoría de los obreros judíos, era partidario del Bund[2]. A partir de la crisis de 1929 el gobierno polaco intervendría en distintos campos de la economía del país entre los que se encontraba la minería. Pese al tiempo que llevaba trabajando fue despedido, así como la mayoría de sus compañeros, pertenecientes a distintas minorías nacionales. Pobre y sin empleo, pensó en pasar a ser un miembro activo del Bund. Para su suerte no logró hacerlo. Con la llegada de los alemanes los primeros en ser apresados y fusilados fueron los dirigentes políticos.

La fecundación es el más complejo de los fenómenos celulares interactivos conocidos. Es por eso que la posibilidad de que se produzcan errores que traerían aparejados diversas patologías es realmente alta. Sin embargo ningún error acompañaría el comienzo de esta nueva vida.

Faltaban solamente tres semanas para el comienzo de la primavera, pero nadie se habría enterado si no hubiera sido por la crónica del ghetto.

Lodz, o Litzmannstadt, como la habían llamado los alemanes, fue siempre una ciudad industrial, por lo que el verde nunca fue un color muy abundante. Sin embargo, desde que las puertas del ghetto habían sido cerradas en mayo de 1940, y la prohibición de salir se había vuelto definitiva, ningún habitante del ghetto había entrado en contacto con ningún vegetal que no fueran las verduras podridas recibidas de manos del departamento de alimentación perteneciente al Judenrat. A cambio, los judíos debían entregar posesiones que en tiempos de paz hubieran valido mucho más que alimentos en buen estado.

Sara e Israel, a pesar de haber vivido en el reducido ghetto durante casi un año y medio, no se conocieron hasta principios de 1942.

En ese año se había empezado a reclutar gente para trabajar en el Este, o por lo menos eso decían los alemanes y todos, o casi todos, les creyeron.

Los habitantes polacos de la ciudad de Lodz habían sido evacuados y reemplazados por alemanes, ya que estos últimos pretendían hacer de esa zona un lugar ario como lo harían con todos los territorios que les habían pertenecido a los alemanes antes de la primera guerra mundial. Esto empeoraba el aislamiento del ghetto, por lo que la información sobre lo que sucedía afuera casi no circulaba dentro de sus paredes. Los únicos que tenían acceso a ella eran los que trabajaban en el mercado de barrio Balluti y en el desvío del ferrocarril.

Los ferrocarriles habían sido construidos en la Polonia del período de entreguerras a mediados de la década del '30. Su función era la de comunicar los distintos centros del país con el fin de mejorar la economía uniendo las distintas productoras entre sí y, a su vez, a éstas con las productoras agrícolas. Quienes los construyeron no sabían que pocos años después serían utilizados con fines completamente distintos.

A **Israel** que, por haber trabajado en las minas tenía el cuerpo bien formado, le

asignaron trabajar en el desvío del ferrocarril. Por eso, en cuanto empezaron a reclutar gente de su zona para trabajar en otros lugares, él sabía que se trataba de campos de trabajo forzado y de exterminio, y aunque no tenía la certeza de que la información fuera real, no estaba dispuesto a arriesgarse.

Consiguió que un amigo de la administración judía lo reubicase en una casa al otro lado del ghetto. En esa casa todas las habitaciones estaban ya superpobladas, pero había que seguir haciendo lugar. Cada casa evacuada era destruida por los alemanes, por lo que nunca, excepto en caso de muerte, disminuían los habitantes de las viviendas.

Sara vivía en la habitación que le asignaron a **Israel**. Desde el mismo momento en que se vieron supieron que se correspondían. Se fueron acercando poco a poco. No había demasiado tiempo para la intimidad. El toque de queda limitaba los momentos fuera de las habitaciones, pero una tarde **Sara** e **Israel** lograron escabullirse y esconderse en un recoveco que había quedado entre los escombros. En ese momento **Israel** le contó lo que sabía acerca de lo que sucedía fuera del ghetto. Se preguntaron si no era preferible la muerte al sufrimiento, intentaron recordar lo que había sido de sus vidas cuando no eran tratados como animales, cuando su humanidad no era cuestionada. La noche cayó sobre ellos y el frío primaveral los hizo acurrucarse, se olvidaron de donde estaban; de pronto los alemanes no existían, los polacos no existían, sus compañeros de habitación no existían, sólo estaban ellos y las estrellas. Sí, aunque nadie lo crea, desde el ghetto se veían las estrellas. Entonces, en esa soledad e inmensidad del universo que pasaban por lejos las fronteras del ghetto, recorrieron sus cuerpos y, poco a poco, se fueron fusionando para pasar a ser uno. **Sara** a quien sus padres le habían enseñado que no debía intimar con un hombre hasta no estar casada, empezó a sentir culpas. Pero qué sentido tiene esperar cuando no se puede contar con mañana. Qué sentido tiene seguir pautas sociales cuando esa sociedad demuestra que puede enloquecer. Por qué no sentir, aunque sea por esa noche, que era digna de amor y no un parásito perteneciente a la antiraza. Entre tantos pensamientos y sensaciones, no supieron que, de pronto, habían dejado de ser dos para pasar a ser tres.

En la región superior de la cara posterior del útero se había implantado lo que formaría un bebé. No era el primero que crecía dentro de una madre que vivía en un ghetto y mucho menos en el ghetto de Lodz donde ya habían nacido más de 2000 bebés. De a poquito iba creciendo y desarrollándose. Debía hacer todo con mucho cuidado y siguiendo un orden preestablecido. Se estaba organizando para poder vivir y nacer.

No lo sabía, pero estaba participando de un grupo de resistencia. En él se encontraban todos los que habían decidido que vivir era la mejor manera de derrotar a los nazis.

Tres semanas después de ese encuentro **Sara** se levantó con náuseas. Inmediatamente la llevaron a uno de los hospitales que funcionaban en las casas que se encontraban deshabitadas en el momento de la instalación del Ghetto. Todos temían que el tifus, la difteria, el tétanos o cualquiera de las enfermedades que abundaban en el ghetto por falta de higiene, hubiera hecho presa de ella. De ser así, el resto de sus compañeros de habitación no tardarían en sentir los síntomas. Estas enfermedades se

propagaban más rápido que el fuego. **Sara e Israel** eran los únicos que mantenían la calma. Ellos sospechaban quien era el causante de esas náuseas.

No se habían equivocado. Efectivamente, estaba embarazada.

En otro momento se hubieran alegrado. Hubieran arreglado rápidamente la boda y se hubiera brindado por la llegada de un nuevo miembro a la comunidad. Pero ya no era así. Durante el primer año de la existencia del ghetto, se permitió a los judíos realizar las celebraciones de Rosh Ha Shana y Iom Kipur e, incluso, respetar el shabat. Pero ese sería el único año. Tiempo después se prohibió rezar en público y todos estuvieron obligados a trabajar en shabat. Sin embargo, Rumkowski, presidente del Judenrat, creó una comisión rabínica que gracias a D's aún funcionaba[3]. Hacia allí se dirigieron para realizar una sencilla ceremonia religiosa. La alegría no abundaba. Traer un bebé a un mundo como ese no era el sueño de nadie.

El ghetto de Lodz era uno de los centros industriales más importantes en todo el Reich. Así había sido desde que a los judíos se les prohibió definitivamente la salida del ghetto. Su presidente, Jaim Rumkowski propuso la creación de diversos talleres para la producción de más de setenta productos industriales. Esta propuesta fue aceptada por los alemanes ya que dichos productos les eran necesarios y los obreros judíos, prácticamente, no ocasionaban gastos ya que se los proveía de menos de lo mínimo indispensable para sobrevivir. De las 2.400 calorías diarias que necesita un individuo, los judíos sólo recibían de 1.100 a 1.400 calorías.

Sara, gracias a su experiencia en el teatro, logró conseguir empleo en uno de los talleres de confección. A pesar de que el trabajo era duro, hacerse indispensable era esencial. Los que no trabajaban no tenían otro ingreso económico que no fuera el de la ayuda social. Lamentablemente, la voluntad de trabajar no alcanzaba. Muchos eran los que se desplomaban en sus puestos. Los que sobrevivían dependían en forma absoluta de los pedidos que hicieran los alemanes y de las materias primas que estos entregasen para poder seguir trabajando. Lamentablemente, conservar la vida no dependía del trabajo sino del azar. Lo importante era no cruzarse nunca con un policía de la Kripo[4] ni ser seleccionado para trabajar en el Este.

Tres semanas después de que el bebé fuera concebido, el asa cardíaca terminó de fusionarse y plegarse hasta entrar por completo a la cavidad pericárdica.

Cuando estaba durmiendo un sonido lo despertó. Ese sonido, en realidad, no fue uno solo sino que fue el comienzo de un ritmo dentro de su pecho. Su corazón había empezado a latir. No dolía, más bien era agradable. Era como si todas sus sensaciones comenzaran a agruparse allí.

Hermoso... sentía placer.

En otros sitios muchos corazones latían desde hacía décadas, o años, o sólo meses. Pero estos corazones no eran tan ágiles y livianos, estaban llenos de pesares y temores y sí dolían. Eran los corazones de quienes habían sido deportados y veían de cerca las chimeneas de la muerte. Eran corazones que habían olvidado hacia tiempo el confort y la seguridad de un útero materno.

Los días pasaban y la panza de **Sara** se hacía notar. Cada día iban a buscar a más

gente para trabajar en el Este y **Sara e Israel** comenzaron a pensar en la posibilidad de esconderse.

La decisión no era tan sencilla. Esconderse significaba desaparecer de la legalidad y consecuentemente dejar de recibir los pocos beneficios que ésta traía consigo.

Si bien es cierto que los alimentos escaseaban, y los pocos que entraban no se encontraban en buen estado, los trabajadores recibían una ración más abundante. Por eso el matrimonio, al ser ambos trabajadores, contaba con un doble beneficio. Si decidieran esconderse, dejarían de recibir alimentos. Por otro lado había que pensar dónde esconderse. **Israel** había escuchado que en algunos lugares de Polonia funcionaba una organización conformada por intelectuales progresistas y dirigentes católicos que se ocupaba de ingresar clandestinamente alimentos a algunos ghettos y hallar escondite para quienes lo buscaran. Lamentablemente, la organización llamada Zegota no funcionaba en esa parte del país, ya que los polacos habían sido reubicados para ser reemplazados por alemanes. La decisión no sería tomada de un día para el otro. Había que pensarlo.

Un día se dio cuenta de que podía oír. Distintos sectores de su primitiva anatomía habían colaborado para esto. A sus oídos llegaron sonidos de preciosas melodías. La orquesta sinfónica estaba dando el concierto mensual. Hasta el momento él creía que el mundo entero era ese lugar perfecto donde se encontraba. Pero cuando escuchó la música, supo que había más afuera de esa tibia, cómoda y segura "piletita". La curiosidad por saber qué era y cómo era, lo hacía querer nacer en ese mismo instante.

Por suerte para él, en el ghetto no había radios, de lo contrario, también hubiera tenido que escuchar las terribles noticias de la guerra y quizás hubiera cambiado de opinión acerca de su nacimiento. De todos modos aún faltaba mucho tiempo.

Para una mujer siempre era más fácil que para un hombre esconderse. La razón era clara. Las mujeres no tenían ninguna marca en el cuerpo que anunciara su judaísmo, por lo tanto, si no se parecían al estereotipo, fácilmente podían hacerse pasar por arias. Sólo había que encontrar la ropa adecuada e higienizarse correctamente. La dificultad residía en salir del ghetto sin ser vista y abandonar a todos los seres queridos. **Israel** tenía los conocimientos suficientes para hacer que **Sara** saliera. Pero **Sara** no estaba dispuesta a salir sola. No es fácil abandonar a todos sin saber si se los volverá a ver. Cuando la guerra comenzó, Polonia contaba con la ayuda de Francia que los había apoyado desde la firma del Tratado de Paz de Versalles y con la que el 6 de abril de 1939 habían firmado, junto con Inglaterra, un tratado de ayuda mutua. Dicho tratado, comprometía a los países firmantes a intervenir en caso de que alguno de ellos fuera invadido. Por esto supusieron que el conflicto no duraría demasiado. Pero ahora, 882 días después de comenzada la guerra; 882 días, uno por uno, hora tras hora, minuto tras minuto, y con las dos terceras partes de Francia ocupada por los nazis, nada indicaba que fuera a terminar.

La idea de sobrevivir sola para criar a un hijo a quien le tendría que mentir toda su vida acerca de su origen, en caso de que Alemania ganara la guerra, le parecía francamente impensable. Por otro lado, si los aliados ganaban, tener que explicarle cómo había sido tan egoísta al salvar sus vidas sin pensar en el resto de su familia tampoco le parecía posible.

Algo comenzó a crecer entre sus piernas. Era como una quinta extremidad sólo que más pequeña y sin dedos. ¿Qué podría hacer con eso? “Eso” era lo que le permitiría reiniciar el ciclo de la vida. Pasar él a ser el padre de quien se desarrollara en el útero de otra mujer para asegurar, por una generación más, que su pueblo siguiera existiendo.

Mientras tanto, otros hombres de su pueblo perdían su vida por estar marcados[5].

Después de mucho debatir llegaron a un acuerdo. Ambos se quedarían en el ghetto, pero en cuanto el bebé naciera lo darían en adopción a una familia no judía. **Israel** intentaría establecer los contactos. De ser posible lograría que le dieran una ración de leche semanal durante lo que restaba de embarazo a cambio del bebé. De ese modo la familia adoptante ayudaría a que el bebé naciera sano y **Sara** correría menor riesgo de desnutrición.

Algo se estaba haciendo lugar dentro de su pecho. Él no lo sabía, pero eso que crecía como pidiendo permiso a los demás tejidos, eran sus pulmones que se estaban desarrollando a partir de un esbozo que crecía desde su intestino anterior. Su tráquea, sus bronquios y sus bronquiolos, se dividían una enorme cantidad de veces creando este maravilloso órgano. En un futuro, cuando su madre ya no compartiera su oxígeno con él, le serviría para respirar. No sólo eso, la laringe, que también se estaba formando le daría el don de la palabra. Cuantas cosas habría dicho si ya pudiera utilizarlo, preguntaría si los grandes se sentían tan bien como él, si afuera se estaba tan abrigado, cuánto faltaba para poder salir, cómo iban a llamarlo...

Mientras él se imaginaba las posibilidades que le daría el saber hablar, un adulto, que ya podía hablar y cuyo nombre era ampliamente conocido, utilizaba esta capacidad para dar órdenes. Las órdenes hablaban de la “Solución Final”.

Transcurrió un mes desde que la decisión había sido tomada. Sin embargo, **Israel** aún no lograba comunicarse con una familia que quisiera adoptar un bebé.

La naturaleza privilegia la vida de las nuevas generaciones por sobre la de sus predecesoras; por esto, los niveles hormonales de **Sara** se regulaban de manera tal que el poco calcio que ingería no era almacenado en sus huesos. Más bien lo contrario: parte de su calcio pasaba a la sangre para que, a través de la placenta, llegara al bebé. Si esto continuaba por mucho tiempo podría ocasionarle la pérdida de los dientes e, incluso, fracturas en distintos huesos por una posible osteoporosis. Si así sucediera, no sólo se vería comprometido su desempeño en el trabajo sino que podría debilitarse hasta morir.

El bebé fijaba en sus cartílagos el calcio que recibía de su madre. Estaba desarrollando sus huesos. Estos le permitirían pararse y moverse para que, poco a poco, tiempo después de que naciera, pudiera independizarse de su madre.

Muy lejos de él, fuera del útero, fuera del país, e incluso fuera de ese continente, muchos hombres y mujeres que habían salido de su lugar de nacimiento intentaban, ahora, independizarse. En ese lugar el hebreo se había impuesto y la relación entre el desarrollo de los huesos y la independencia era clara[6]. Esta gente se encontraba en

Palestina donde, desde hacía décadas, intentaban independizarse para crear un país donde no existieran, jamás, los ghettos. Sin embargo, como “todo Israel es responsable el uno por el otro”^[7] su gran preocupación y ocupación por crear un hogar nacional, no les impidió preocuparse y ocuparse también de la parte de su pueblo que estaba en Europa. Incluso, tiempo después, desde finales de 1943 y en 1944, treinta y dos de ellos se arrojarían con paracaídas en siete de los países ocupados por los alemanes para intentar el rescate de cuantos sobrevivientes pudieran. Lamentablemente, doce caerían presos y siete serían asesinados.

Sara comenzaba el quinto mes de embarazo cuando **Israel** hizo contacto con un hombre del lado ario. Su mujer no podía tener hijos y el matrimonio se estaba deteriorando. Ellos creían que un bebé solucionaría sus problemas. Su situación económica era muy mala como la de todos los polacos que no habían sido reinstalados. Sin embargo, su deseo de comenzar una familia era lo suficientemente fuerte como para renunciar a la poca leche que recibían para beneficiar al bebé. En una época donde nadie podía creer en ninguna otra persona, ese hombre le había inspirado confianza. Llegaron a un acuerdo. El bebé pasaría a sus manos en cuanto naciera, y serían los padres adoptivos quienes le pusieran un nombre.

Su sistema nervioso había estado desarrollándose a partir de la tercer semana de gestación. Desde entonces se fue complejizando. Su cerebro se plegaba formando numerosos surcos ya que crecía más rápidamente que su cráneo, el tronco de su encéfalo fue creciendo, el cerebelo se desarrolló y la médula acompañó el crecimiento de las vértebras. El líquido cefalorraquídeo corrió a través de los ventrículos para proteger a estos delicados órganos. Distintos nervios salieron y entraron a la médula asegurando que todo el cuerpo recibiera y enviara información hacia el sistema nervioso central.

Todo esto no sólo le permitiría moverse, mantenerse en equilibrio y sentir, sino que le daría acceso a todo un mundo nuevo. El mundo de la imaginación, los pensamientos y los sueños.

Lejos de él distintas personas soñaban y pensaban. Algunas, como Josef Goebbels, ocupaban su mente en pensar cómo convencer a la gente - a través de propagandas- de que exterminar a todo un pueblo era correcto y beneficioso para la sociedad. Otras, como Heinrich Himmler, planificaban el modo de llevar a cabo el exterminio desde la dirección de la SS y la gestapo. Cerca en distancia, pero lejos en realidades, Mordejai Anielewicz empezaba a soñar con rebelarse para salvar la humanidad de quienes se veían forzados a vivir en el ghetto de Varsovia^[8]. A su vez, Raoul Wallenberg^[9] se movilizaba desde Suecia imaginando cómo salvar a la mayor cantidad de judíos posibles.

Pero todos estos pensamientos y realidades aún le eran ajenos.

Dadas las condiciones de vida dentro del ghetto, el tiempo transcurría lentamente pero sin detenerse. Sin que nadie le prestara mucha atención, el verano llegó y pasó. Con él también llegaron y se fueron diarreas estivales que hubieran deshidratado a mucha más gente de no ser por las dos estaciones de primeros auxilios y los cinco hospitales con 2.100 camas, que aún funcionaban.

Septiembre llegó trayendo el otoño y con él el séptimo mes del embarazo.

Todo se desarrollaba según lo planeado: el hombre polaco traía la leche una vez por semana, **Sara** había mejorado dentro de lo posible su estado físico, y cada uno seguía desarrollando su tarea con la intención de no ser enviado al Este.

Varias mañanas **Israel** le insistía a **Sara** para que concurriera al dispensario ginecológico. Ella no había querido ya que temía faltar a su trabajo y pasar a ser prescindible. Hasta que un día cedió.

Entró al dispensario y se sentó en la silla frente al médico para tener una entrevista a la que seguiría un chequeo. El doctor Daniel Weiskopf^[10] anotó todos los datos. **Sara** se disponía a quitarse la ropa cuando se oyeron fuertes ruidos, gritos en alemán seguidos por gritos en polaco e yiddish de distintos pacientes. Antes de entender qué pasaba, **Sara** supo que debía esconderse. Desesperadamente miró a su alrededor. Una de las maderas del piso estaba floja. La levantó y cayó a un sótano que jamás había sido utilizado. Trepó hasta una pequeña ventana. A pesar de su avanzado embarazo, la escasa comida había mantenido su cuerpo delgado. Atravesó la ventana y fue corriendo hasta el taller de confección donde trabajaba. Entró corriendo y allí se quedó hasta que el mismo Rumkowski la acompañó a su casa.

Israel la estaba esperando junto a todos sus compañeros de habitación. Sabían lo que había pasado pero ignoraban si **Sara** había logrado huir. Al verla, sus almas volvieron a sus cuerpos. Los alemanes habían realizado una “acción” dentro del ghetto contra los “elementos sociales improductivos”. Expulsaron a los enfermos de los hospitales y los cargaron en camiones. Los más graves fueron asesinados en el lugar. Tres de los hospitales fueron cerrados.

El bebé ya había crecido bastante, el lugar que habitaba desde hacía siete meses le iba quedando más y más chico. Tanto que tenía mayor noción de los movimientos que hacía su madre. No sabía por qué en aquel momento había salido corriendo.

En el tiempo que llevaba dentro del vientre materno había logrado reconocer dónde se encontraban y quiénes estaban allí.

La mayor parte del tiempo estaban en un lugar donde había rítmicos y suaves sonidos. Allí había muchísima gente. Pero rara vez intercambiaban palabras. Durante ese tiempo su madre permanecía de pie y su corazón latía sin sensaciones. Sólo una vez al día su corazón se sobresaltaba en ese lugar. Esto sucedía cuando un señor de voz grave y áspera visitaba su sector. Ese señor no hablaba igual que los demás. Sus palabras nunca sonaban conocidas, aunque a veces eran parecidas a otras que ya había escuchado.

Pasado ese larguísimo tiempo, ellos iban al lugar donde se sentaban o acostaban. Allí también había muchas personas, pero no tantas como en el anterior.

Algo extraño sucedía en ese sitio y era que algunos de los sonidos que escuchaba dentro de su madre cambiaban por otros. Era como si algo comenzara a moverse desde arriba hasta un lugar que se encontraba detrás de él. Pero casi inmediatamente volvían los sonidos habituales. Cada vez que esto sucedía su madre pronunciaba una palabra: “Majl”. ^[11]

También aquí había un hombre que hacía que el corazón de su madre latiera más fuerte. Pero no de la misma manera. Esta vez latía con calma y amor. Este hombre solía susurrar palabras que parecían ir dirigidas a él. ¿Sabrían los demás de su

existencia aunque no lo vieran ni escucharan? Todo parecía indicar que sí.

Una vez cada tanto se encontraban por un breve momento con un señor que entristecía a su madre. No sabía por qué. Al fin y al cabo también le hablaba a él, y parecía hacerlo con cariño. Este hombre hablaba de una manera que las personas de los otros lugares utilizaban de vez en cuando. Entre todas las palabras había una que repetía siempre: "Ojciec"[12].

La rutina se repetía en forma constante a lo largo del tiempo. Nada parecía cambiar. Para él esto era tranquilizador.

Un día, salieron del lugar donde se sentaban o acostaban, entraron al lugar de los ruidos suaves y constantes. El corazón de su madre comenzó a latir sin emociones. Se escucharon los pasos del hombre que la sobresaltaba y, efectivamente, se sobresaltó. Pero cuando comenzaba a calmarse se oyeron muchos pasos más. Todos los pasos pertenecían a gente que hablaba de forma ininteligible. Comenzó a sentir la misma sensación que tuvo aquella otra vez, por eso no entendía por qué no habían empezado a correr. El corazón de su madre latía a más no poder. Tuvo la sensación de que eran arrastrados. No entendía nada. Su madre se sacudía desenfrenadamente. De pronto parecía que habían salido volando cuando chocaron contra algo duro. Se escuchó un agudo chirrido y el lugar donde estaban empezó a moverse. Se movió durante muchísimo tiempo. Hasta que disminuyó la velocidad. Su madre comenzó a gritar. En ese momento las paredes del útero comenzaron a empujarlo. Desde los pies hasta la cabeza. Parecía que querían expulsarlo. Todos los deseos de nacer luchaban con el temor que le producía lo desconocido. Tanta curiosidad se entremezclaba con la dificultad de la separación. Pero la decisión no era suya. Su nacimiento iba a producirse a pesar del lugar extraño y la gente desconocida. Tanto tiempo había esperado este momento y ahora no sabía siquiera dónde se encontraba. Su corazón se aceleró. Atravesó el cuello uterino y comenzó a asomarse por la vagina. Al salir su cabeza percibió el calor de la piel de su madre y volvió a sentir la calma que colmaba su cuerpo. Pero de pronto escuchó otro agudo chirrido y vio una luz muy fuerte. Oyó pasos. Un hombre había entrado al lugar donde se encontraba. Asomaron sus hombritos y sintió las manos extrañas y agresivas del hombre que lo arrebatában de la cercanía de su madre. Tuvo frío y notó su desnudez.

Antes de que pudiera ver el rostro de su madre o emitir el primer llanto lo habían bajado de un tren.

La estación era Maidanek.

Bibliografía:

- La historia del pueblo judío. La edad moderna y contemporánea, A. Malamet, H. Tadmor, M. Stern, S. Safrai, H. H. Ben Sasson, S. Ettinger. Editorial: Alianza 1969.
- El holocausto. Un estudio histórico, Dr. Dan Michman. Editado por: Universidad abierta, Israel 1986.
- La historia de los judíos, Paul Johnson. Editor: Javier Vergara 1996.
- Diccionario enciclopédico Salvat Universal tomos 11y 12. Editorial: Salvat editores 1972.

- La resistencia clandestina, Jaika Grossman. Editorial Milá 1990.
- Exodo. Leon Uris. Editorial: Bruguera S.A 1960.
- Lagman Embriología médica. T. W. Sadler. Editorial médica Panamericana 1997.
- Bases biológicas y moleculares de la fecundación. Vladimir Flores. Editorial: Libreros Lopez 1992.
- Historia de la medicina. Desde la prehistoria hasta el año 2020. Editorial: Blume.
- Revistas Nuestra memoria, números 5 al 12. Editorial: Fundación Memoria del Holocausto.

Paginas de internet:

- [http:// www1.us.nizcor.org/features/qar/quar01-sp.html](http://www1.us.nizcor.org/features/qar/quar01-sp.html)
- [http://lcweb2.loc.gov/cgi-bin/query/r?frd/cstdy:@field\(DOCID+p10046\)](http://lcweb2.loc.gov/cgi-bin/query/r?frd/cstdy:@field(DOCID+p10046))
- wysiwyg://38/http://www.uml.lodz.pl/miastoe/omiescie/historia/okres3.html

[1] 65 días es aproximadamente el tiempo de maduración de los espermatozoides. Los óvulos, en cambio, se encuentran en la mujer desde su nacimiento.

[2] Partido judío no sionista con tendencias comunistas.

[3] En septiembre de 1942 dicha comisión dejó de funcionar debido a la expulsión de la mayoría de sus miembros hacia los campos de exterminio.

[4] “Policía criminal” alemana que funcionaba dentro del ghetto.

[5] El brit milá (circuncisión) es una ceremonia que se practica con todos los hijos varones según las leyes judías. En esta ceremonia se corta el prepucio del pene. Debido a que esta ceremonia no es costumbre entre los alemanes ni polacos, ambos utilizaban esta marca para reconocer a los hombres judíos que intentaran hacerse pasar por arios.

[6] En hebreo “atzmaut” que es independencia deriva del mismo shresh (raíz) que “etzem” que es hueso.

[7] Tratado de Shabuot. Talmud babilónico. Pag 39 amud alef.

[8] En abril de 1943 Anielewicz lideró la rebelión del ghetto de Varsovia en dónde murió.

[9] Secretario de la legislación sueca en Budapest desde donde ayudó a los judíos húngaros hasta que fue apresado por el ejército ruso. Murió en una cárcel de la ex U.R.S.S.

[10] Director de una de las clínicas médicas del ghetto de Lodz.

[11] “Comida” en yiddish.

[12] “Papá” en polaco.